

TE DEJÓ, AMOR, EN PRENDA EL MAR

Desde aquí, desde mi ventana, no puedo ver el mar, sólo nubes, nubes descoloridas, deshaciéndose, y la punta de aguja del templo del Tibidabo. Nada que valga la pena. Casas de pisos, altas y feas, con flores mortecinas en las balcones y toldos amarillentos quemados por el sol.

No puedo ver el mar porque queda lejos de aquí, al otro lado de la ciudad. Enlutado, grasiento, casi apestoso, acunando como una nodriza barcos de carga, yates y «golondrinas» amarradas en la dársena del puerto. Este mar no se parece nada al nuestro. Es como una lámina metálica, sin transparencias ni colores cambiantes, coagulado, endurecido. Pero lo añoro. Lo añoro sólo porque al verlo pienso que tú estás al otro lado y que de mar a mar, de orilla a orilla hay menos distancia que de ciudad a ciudad.

Añoro el mar, añoro la inmensidad azulada, la diminuta inmensidad azulada que parecía adentrarse en el camarote por el ojo de buey, aquel mediodía de primavera, rumbo a la isla. Perdóname. Iba a preguntarte si te acuerdas, sólo por darme el gusto de que me digas que sí, que, muy a menudo, tus ojos se remansan en el azul encantado de aquella mar nuestra, y que te pierdes en una vaharada de recuerdos lejanos y un tanto rancios. ¿Cuántos años hace de aquel viaje? Me resisto a contarlos, aunque, tal vez, todavía puedo calcular exactamente las horas, minutos y segundos,

como si se tratara de un problema de matemáticas elementales. No te extrañe. Me fabriqué un calendario para mi uso personal, en el que los años, los meses, los días empezaban en el preciso instante en que el azul era perfecto, tu cuerpo de seda; tibia, dulce, suavisima la luz que se filtraba...

Éramos más jóvenes, menos conscientes, llenos de inocencia perversa, casi maligna, de ángel rebelde. Me duete utilizar estas palabras porque quizá creas que siento remordimientos, que no tengo la conciencia tranquila. Tenía quince años — una canción del *Día Dinámico*, el conjunto musical de moda, hablaba de tiernas muchachas en flor, y tú me la cantabas para hacerme rabiar—. Tenía quince años y en buena parte ésa fue la causa de nuestra separación. Pero me gusta saber que llegué a ti en el momento más crítico de mi adolescencia, cuando empezaba a ser mujer, y que tu influencia, para que acabara siéndolo, fue decisiva. Durante aquel curso, el de quinto de bachillerato, sustituí los calcetines por medias de seda, estrené mis primeros zapatos de tacón y un vestido de fiesta. Era rojo, de terciopelo, ligeramente escotado. Me lo ponía los martes para ir al concierto del Teatro Nuevo. Teníamos entradas gratuitas porque el Patronato de los «Amigos de las Artes» nos las enviaba todas las semanas. Tú detestabas las actuaciones de aquella orquesta provinciana que desgraciaba la música, luchando a brazo partido con violines, trompetas y timbales... para conseguir un resultado desacompadado y estridente. Pero íbas y te sentabas en una butaca que estaba cerca de nuestro palco. Cerrabas los ojos mientras las luces se apagaban y solamente el escenario permanecía iluminado. De vez en cuando me parecía percibir un pestañeo, entreabrías los párpados y me mirabas de reojo. Un día, salíamos de un concierto de Bach, me dijiste que yo te traspasaba con la mirada. Me preguntaste qué quería pedirte con aquella manera de mirar, escudriñadora, como si te rebuscara el alma. Yo

te contesté — me hago cruces de mi sinceridad — que siempre miraba así cuando alguien me llamaba la atención. Entonces, por primera vez, pusiste tus manos sobre mi cabello. Me estremecí de pies a cabeza y me azaré.

¡Me gustaban tanto tus manos! ¡Son tan bonitas aún! Los dedos finos, la piel blanquísima, las uñas cuidadas. Me sentía feliz cuando tomabas mi mano en la tuya y paseábamos por la ciudad, como dos enamorados. Me llevaste a los rincones que tú habías descubierto muchos años antes, en tu adolescencia, cuando nació en ti la afición a pasear al atardecer por lugares solitarios durante mucho rato. Mis ojos, que eran los tuyos, porque yo contemplaba el mundo a través de tu mirada, captaron matices, colores, formas, detalles, que a ti te parecían nuevos y sorprendentes. Me preocupaba tanto acaparar tu atención que me esforzaba en adivinar y traducir tus reacciones haciéndolas pasar por mías casi inconscientemente. Y todavía hoy, a ocho años de distancia, soy capaz de entusiasmarme recordando desde aquí, con los ojos cerrados, el barrio marineró del Carmen, el *Puig de Sant Pere*, lleno de cuestras, escaleras y fuenteccias, que huele a pescado y que te recordaba algún rincón de Nápoles, al lado izquierdo del puerto. Los niños andaban desnudos, jugaban con perros y gatos. Y las mujeres, sucias y desgñadas, hablaban a gritos desde el portal de sus casas. O también puedo — sólo me falta tu contacto — seguir tu deambular moroso por las antiguas calles empedradas, de fachadas señoriales, camino de la Cathedral... me adentro por la Puerta del Mar, aspiro el fuerte olor a incienso...

Algunas tardes salíamos al campo. El agua se desbordaba en las acequias y los almendros comenzaban a despuntar flores de nieve entre sus ramas. Contigo descubrí dos pueblos abandonados, Foscluc, por donde — decían — vagaban los fantasmas, y Biniparraix, arrasado por un temporal. No había carretera para

llegar hasta allí, apenas unos difíciles caminos de cabra que se perdían monte arriba, entre pequeños bosques de encinas y pinos, jarales y matas de romero... No solíamos hablar mientras duraba la excursión. Tu brazo rodeaba mis hombros. De vez en cuando, mi cabeza se apoyaba en ti y me besabas como nadie ha vuelto a hacerlo jamás.

Iba descubriendo el mundo al mismo tiempo que el amor iba descubriéndome a mí para hacerme suya. No fue en los libros ni en las películas donde aprendí a vivir la historia de nuestra historia. Aprendía a vivir, aprendía a morir poco a poco —aunque entonces no lo supiera—, cuando, abrazada a ti, me negaba a que el tiempo se me escapase. Quería permanecer a tu lado para siempre, sentir el roce de tus labios, el tacto de tu piel. El mundo desde tus brazos era hermoso y triste. Y tenía un color indefinible, entre lila y azulado, a ratos fluorescente, bajo un maquillaje de neones.

La niebla agoniza, densa y lenta en las calles; se esfuma por las alcantarillas; se difumina entre los coches aparcados. La tristeza de estas horas, atenazada en los latidos, detenida en las lágrimas, me devuelve a ti, avara sobre todo de aquella claridad injertada de besos que tanto amamos. ¡Amábamos tantas y tantas cosas! La tierra húmeda después de la lluvia, el estallido de las amapolas en los trigales, las terrazas de los cafés rebosantes de sol, los niños, las golondrinas, las playas desiertas, las noches de nuestras citas imaginarias, y el amor por encima de todo. El amor del que jamás hablábamos por aquel entonces.

Nuestras relaciones duraron ocho meses y seis días exactamente. Se rompieron por culpa del escándalo público y de tu miedo a enfrentarte con una situación que te exigía una doble responsabilidad. No tuviste fuerzas suficientes ni suficiente confianza en mí; te obsesionaba la idea de que yo, algún día, pudiera reprocharte aquel amor, que llamábamos amistad. Te amenazaron en nombre de la moral y de las buenas

costumbres, te tacharon de conducta corrompida, de perversión de menores, recibiste anónimos llenos de morbosos insultos... Yo tuve que soportar sonrisas y comentarios a media voz. Más de una vez mis compañeras cambiaron de conversación al notar que me acercaba, pero nadie, a excepción de mi padre, se atrevió a hablarme cara a cara enfrentándose con la realidad. Tengo aún muy presente el rictus de su rostro crispado, el tono agrio de su voz, pero he olvidado sus palabras. Recuerdo solamente dos frases que —como el sonsonete pegadizo de un anuncio publicitario, que se te mete en la cabeza y repites mentalmente sin darte cuenta— me han acompañado a menudo: «Éste es el camino de la depravación. Te mandaré a Barcelona, si esto dura un día más». Ahora puedo explicártelo, entonces, no. Te habría hecho mucho daño y yo quería evitar, a toda costa, tu sufrimiento. Te mentí: a mí nadie me había dicho nada. Todos se comportaban con normalidad. Mi padre me mandaba a pasar el verano fuera de Mallorca como premio por las buenas notas que había sacado en los exámenes de junio.

Fueron días de hiel, lacerados por absurdos latigazos de rabia, viscosamente ensalivados por babosas y llimacos. Me sentía vacía, estéril, ajena, apenas me reconocía a mí misma. Empecé a odiarlo todo: la gente, la ciudad, y aquel verano, tierno, que comenzaba. Mientras, todo el amor, aquella inmensa capacidad de amor, se nutría exclusivamente de ti y, sin desperdiciar ni una gota, a ti volvía íntegramente. La última tarde estábamos en el paseo marítimo, tenías el coche aparcado frente al puerto. Me eché a llorar —ieran tantos los motivos!— buscando refugio en tus brazos, que me rechazaron. La contradanza de mil luces reflejándose en la bahía me hacía cosquillas en los ojos. Entre lágrimas veía trozos de barcas y pedazos de mar. Tenías los nervios de punta; la propia tensión, que te agotaba, ponía en tu cara un rictus trágico. No querías

mirarme. Pero, por fin, volviste la cabeza hacia mí y, con un gesto desolado, me pasaste la mano por los cabellos, como la primera vez. Cerré los ojos, dije que te quería. Me hiciste callar. Como un automática escu-pías palabras:

—Esto no puede continuar. Tenemos que poner punto final a nuestras relaciones, porque no tienen ningún sentido.

De repente, una vaharada de mar me precipitó en medio de las olas. El agua salpicaba el cristal del ojo de buey. Reflejaba la calma del cielo. Un azul intensísimo me hería la vista, confundiendo el color de la mar con el de tu mirada. Estábamos en la litera. En el camarote, que era de ocho, sólo nos habíamos quedado tú y yo. Espuma de olas, alas de gaviotas, estelas de delfines se adentraban por el cristal redondo como la luna llena, luna de mediodía sin embargo, de nuestro ojo de buey. Empezaste a desnudarte lentamente. Ibas quitándote la ropa sin mirarme, con una desenvoltura que quería ser natural, pero que ahora adivino impregnada de candor enfermizo. Te cubriste con la sábana. Quizá tuviste miedo de mi miedo de mirar tu cuerpo desnudo, quizá habías imaginado que huiría despavorida ante el espectáculo que, por primera vez, se ofrecía a mis ojos. Te aseguro que no me asusté. El corazón me latía apresuradamente mientras, dentro de mí, se iban descorriendo los velos del más hermoso sueño adolescente. Tu cuerpo siempre me había parecido espléndido y, en aquellos momentos, sentía curiosidad, ganas de saciar mis ojos mirándolo tanto tiempo como quisiera. Por eso te destapé. Y apareció tan perfecto como una estatua de la que me sentí creadora, ya que eran mis ojos los que lo acababan de cincelar. Luego, como en un rito, mis dedos se deslizaron danzando sobre tu piel y volvieron a dibujar tus labios y una por una todas las formas de tu cuerpo. Después me pediste, con el tacto más que con la voz, permiso para desnudarme. Insististe en que querías

hacerlo tú para saborear morosamente los momentos que nos separaban del instante en que, por fin, me verías desnuda, prolongando, pese a la urgencia de tu deseo, aquellos minutos con la intención de perpetuarlos. Segundo a segundo —en el reloj de nuestras venas era la plenitud del mediodía— temblaba mi cuerpo acariciado por tus manos, nos acercábamos, como si, con fortísimos reclamos, nos llamaran a un misterioso lugar inefable. Un lugar fuera del tiempo y del espacio (un mediodía, un barco) hecho a nuestra medida, donde íbamos a caer sin posibilidad de salvación. Sin salvación porque aquella era la única manera de salvarnos, porque allí, en las profundidades, en el reino de lo absoluto, de lo inefable, nos esperaba la belleza confundándose con mi/tu imagen mientras me miraba en el espejo de tu cuerpo. Allí, en el refugio seguro, en la rendija más íntima, empezaba la aventura, no la de los sentidos, sino la de los espíritus, que me llevaría a conocer hasta el último latido de tu ser, abocada, ya para siempre, al misterio del amor y de la muerte...

Iba y venía del pequeño camarote a tu coche, del pasado presente al presente momentáneo. Entonces, con una ternura cruel, decidiste que no debíamos volver a vernos durante aquel verano, porque no querías que te culpasen de marcar mi vida para siempre. Puse el coche en marcha. Te pedí que no nos fuéramos, necesitaba prometerme, con todas mis fuerzas, que no te olvidaría jamás. Tu rostro triste tenía una expresión distante cuando me prohibiste que te escribiera y me pediste todo lo contrario de lo que yo te estaba ofreciendo: el olvido.

Pasé el verano en casa de mis tíos, en una playa de moda. La actividad del ocio —bañarme, tomar el sol, el aperitivo, comer, dar una vuelta, ir al cine o a bailar— me aburría. Me comportaba de una manera extraña: sólo me apetecía aquello que aún no había comenzado.

No te olvidé. Todas las noches te escribía y guardaba cuidadosamente las cartas en un cajón cerrado con llave, imaginándome que algún día tú podrías leerlas una por una. Sé muy bien que era una pizca de felicidad el pensar que la lectura de mis cartas, que ya formaban un buen montón, te ocuparía durante horas, horas en las que volverías inexorablemente a mí. Sentía celos de todo lo que estabas haciendo y yo no sabía. De tus idas y venidas por la ciudad, de la gente que te rodeaba, de tu trabajo. Aquel verano tenías el proyecto de acabar la tesis, comenzada hacía tiempo, y casi concluida. Me habías pedido que te ayudara a hacer los índices, a compaginar y ordenar los montones de fichas, fruto de cinco años de trabajo, cosa que me hubiera permitido estar contigo todo el santo día... ¿Dónde estarías ahora con toda aquella impedimenta de papeles? No saberlo, no estar completamente segura, me llenaba de tristeza. ¡Si, por lo menos, tuviera alguna noticia tuya! No quisiste apuntar mi dirección. Rompiste el papel donde te la había escrito y te tapeaste las orejas cuando, camino de casa, te la repetí:

—Lo mejor es que el tiempo pase.

—¿Crees que el tiempo puede borrarlo todo?

—Puede borrarlo, si colaboramos.

Pero yo no colaboraba. Me consolaba que fuera pasando el verano. Tenía unas ganas inmensas de que llegara el otoño para poder volver a casa. No sabía si mi padre habría decidido sacarme del colegio, evitando así no sólo que me dieras clase, sino, incluso, que volviera a verte. La matrícula se cerraba a principios de septiembre, pero cuando escribía a mis padres no me atrevía a preguntar qué pensaban hacer con mi «futuro académico». Tuve mucha suerte. Pensaron que tres meses de separación y el trato con chicos de mi edad habrían enfrizado mis sentimientos y volvieron a matricularme.

Una semana antes de que empezaran las clases llegué a Palma bastante calmada. Esperaba encontrarme

contigo. No me quería arriesgar a llamar por teléfono a tu casa y, mucho menos, a ir. Me contentaba con pasear por las calles de tu barrio, merodeando bajo tu balcón, con la esperanza de volver a verte. Frecuentaba los sitios donde tú y yo habíamos estado y, a menudo, creía reconocer tus pasos. Pero tú no aparecías por ninguna parte. Y yo continuaba recorriendo uno por uno nuestros rincones; buscaba algo más que tu rastro, que el aroma de tu perfume o la impronta que tu mirada hubiera dejado en los muros, en las fachadas, las piedras, el asfalto o sobre los olivos, los almendros, el campo, las flores, sobre el agua del mar o de la lluvia... Buscaba algo más, indefinible. Me parecía que nada volvería a ser lo que era después de que tú lo hubieses mirado, porque todas las cosas, incluso las más insignificantes, llevarían para siempre jamás la marca de tu estigma.

Hasta el día de la inauguración del curso no conseguí verte. Estabas en el estrado con las autoridades y el resto de profesores. Yo, desde la última fila de butacas del salón de actos, te miraba; creo que ni siquiera te diste cuenta de mi presencia, a pesar de los esfuerzos que hice para comunicarme contigo. Cuando acabó todo el tinglado —la voz empalagosa del director declaró «en nombre del Jefe del Estado» inaugurado el curso 64-65— creí que finalmente podría acercarme a ti. Saliste deprisa con los demás profesores a tomar el aperitivo, que, como todos los años, os ofrecía la dirección del centro. No nos encontramos. Eran las dos y todavía no habías salido, así que no me quedaba más remedio que marcharme a casa.

Las hojas de los plátanos amarilleaban ya en el paseo decimonónico. Una ráfaga de viento arrancó las primeras dejando una rama ridículamente desnuda y las abandonó justo a mis pies, cuando se cansó de jugar con ellas. Las pisé y crujieron, me di cuenta en ese momento de que había empezado el otoño. La Rambla se me antojó más larga e inhóspita que nunca.

Me sentía como prisionera. Las murallas — porque son murallas y no tapias — de los conventos de Santa Magdalena, las Teresas, las Capuchinas se me venían encima. De un momento a otro — pensaba — el viento las echará abajo igual que a las hojas...

Crucé la calle sin mirar. Un coche frenó bruscamente a un palmo de mi cuerpo. Era el tuyo. Saliste con el semblante desencajado, gritando:

— ¡Hubiera podido matarte!

Te abracé con tal ímpetu, con tanta rabia, que te tambaleaste. No me invitaste a subir. Fui yo la que, ante la atónita mirada de los transeúntes, abrí la portezuela y me metí en el coche. Por fin volvía a verte. La expresión de tu rostro se me antojó más cansada, más triste, más vieja. Te miré arrobada, pero tú parecías ausente. Me preguntaste:

— ¿Quieres que te acompañe a casa?

No te contesté. Girabas hacia la avenida de los Reyes mientras te decía:

— Quiero estar contigo mucho rato. ¡Te he echado tanto de menos!

Aparcaste frente a una tienda de muebles. Era la hora de comer y la ciudad estaba casi desierta. Necesitaba sentir tu contacto, tus ojos, tus manos, tus labios. Lo notaste y con voz dulce, pero firme, me pediste que comprendiera tu situación y que me controlara.

— Ha pasado el tiempo y ahora está todo mucho más claro. Nuestras relaciones no tienen sentido, no deben continuar. No quiero ni hacerme ni hacerte daño. ¿Qué íbamos a hacer con este amor que no conduce a ninguna parte, que no tiene finalidad ninguna?...

No te repliqué a pesar de que no estaba de acuerdo con tus argumentos; porque yo sí sabía, con seguridad absoluta, que la única finalidad de nuestro amor era sencillamente el amor.

Nos vimos muy de tarde en tarde desde aquel día.

Nos comportamos con meticulosa corrección. Durante las clases hasta me tratabas con mayor dureza que a mis compañeras. Un día incluso me llegaste a reñir públicamente porque, en lugar de entregarte un ejercicio de problemas, te di un papel lleno de dibujos de barcas, soles y florecillas. Me regañaste porque habías comprendido perfectamente lo que había querido decir y porque te había gustado. Tu frialdad para conmigo era la máscara que encubría una debilidad a punto de quebrarse. Te interpeleba constantemente rogándote que repitieras la explicación porque no la había entendido, te planteaba dificultades, interrumpía tu lección para hacerte observaciones impertinentes..., utilizando un tono agresivo que te desconcertaba. Quería hacerte notar mi presencia a toda costa. Era mi venganza por todo lo que me hacías sufrir.

Hacia finales de curso, cuando empecé a salir con aquel estudiante de medicina que había venido del País Vasco huyendo de la policía, te picaste conmigo. Llegaste a espiarnos. Muchas tardes te encontrábamos como por casualidad a la salida de clase, camino del paseo marítimo. Hacías como si no nos vieras, pero sé que nos mirabas por el espejo retrovisor hasta perdernos de vista. Los celos se habían apoderado de ti y te acaparaban por completo.

El día que nos topamos fuera del colegio, después de aquellos meses de distanciamiento, intentaste ser amable. Me preguntaste, con fingida indiferencia, qué tal me iban las cosas; te interesaste por Jaime, por lo que pensábamos hacer, por «nuestrós» — recalcaste el plural — proyectos. Evitabas encontrarte con mi mirada. Tus ojos vagaban por el vaso de coca-cola que tenías delante, por las ranuras del tablero de la mesa, por la esterilla que había en el suelo. Y no sabías qué hacer de las manos. Pronuncié tu nombre. No sabes cuántas y cuántas veces lo he repetido delectándolo con infinita delectación, con la misma devoción de la primera vez, después de que me pidieras que no an-

tepusiese ningún tratamiento a las cinco letras que lo componen, y que te hablara de tú. Te sobresaltaste.

—¿Qué quieres?

—Nada.

—¿Me llamabas?

—Es que estás ausente. ¿Qué te pasa?

—Estos últimos días del curso son agotadores. Me canso. Tú me preocupas y no veo las cosas claras. Fui demasiado débil embarcándote en aquella aventura de la que debes de estar arrepentida. Ahora tu vida ha tomado un sesgo diferente y me alegro. Jaime vale mucho y además...

—Hablas como si fueras mi madre.

—Te aseguro que me hubiera gustado serlo.

Me vine a estudiar a Barcelona. Nos escribimos. Tus cartas eran preciosas pero no sinceras del todo, exageradamente optimistas, llenas de consejos y amonestaciones. Las mías te daban cuenta de todo lo que iba descubriendo: la ciudad, las gentes. Pero eran tristes, y mi tristeza, mezclada con los grises, con los ocre, de las nubes y de las fachadas, se difuminaba entre las líneas de mi caligrafía hasta diluirse. Quizá por eso la melancolía, la añoranza, la angustia no eran del todo perceptibles, una vez cerrado el sobre y pegado el sello. En ocasiones, debajo de este último, te había escrito con letra de pulga alguna frase amorosa, para darte una sorpresa si, a impulsos de una voz apagada pero inteligible que te indicara el lugar secreto, te decidías a despegarlo. Ignoro si el genio de Aladino, el hada de Cenicienta o el astuto Alí Babá te informaron convenientemente. Tú no me lo confirmaste nunca.

Una noche te escribí una carta larguísima, mezcla de confidencia y confesión, en la que se derrumbaba definitivamente mi adolescencia. Cuando comencé a redactarla no quería dirigírtela a ti. Intenté inventar un nuevo destinatario con el que ningún lazo me uniera, pero me resultó imposible hacer semejante esfuerzo

de imaginación. Y puesto que insistía en olvidarme de tu nombre y de tus señas, le escribí al mar, con la secreta intención de que las olas llevarsen hasta el umbral de tu puerta noticias mías... Me pasé toda la noche contigo. A ratos la pluma se deslizaba con tanta morosidad, tan delicadamente sobre el papel que era como si te acariciara en silencio. Otros, escribía con una caligrafía infernal, sin separar apenas las palabras. Te explicaba por qué precisamente aquella noche me negaba a dormir, manteniéndome en vela para escribirte. No conservo la carta. La rompí en mil pedazos, trozos pequenísimos, que el viento se llevó desde mi ventana, cuando el alba comenzó a colarse por las rendijas y se apagaron los últimos destellos de las farolas. De haberla conservado, me hubiera gustado copiarle una parte ahora que ya han pasado tanto años. Recuerdo muy bien aquella noche, tibia, estrechada. En un chalé cercano celebraban una fiesta. El sonido de la música llegaba amortiguada pero con claridad. El jardín estaba iluminado por los farolillos que pendían de las ramas de los árboles. En la pista de baile se dibujaba la silueta de las parejas...

El aire húmedo del puerto llega hasta la Vía Lacyetana. Haciendo un esfuerzo de concentración, también puede percibirse el olor a mar. En la comisaría de policía, en el sótano, en una de las celdas estaba preso un compañero mío. Le habían detenido por la mañana mientras participábamos en una manifestación. Yo estaba a su lado y a mí me habían dejado marchar, tranquilamente, sin exigirme siquiera el carné de identidad. El estaba preso y yo libre. Me sentía pieza del juego, responsable de las rosas marchitas, de los pájaros muertos, culpable. Y, entre la angustia y el terror, sobre el papel, ensayaba la esperanza. Me negaba a dormir, y, a pesar de que el sueño me cerraba los ojos, la voluntad me apuntalaba los párpados. Conseguí mantenerme despierta toda la noche. Quería compartir desde lejos aquellas horas vacías de Miguel en la cár-

cel. Ofrecerle, aunque él no lo supiera, mi sueño y la fragancia tristísima de una ternura que se mezclaba con la música y con tu recuerdo. «Sinestesia», ése es el nombre que recibe en los manuales de retórica literaria: la ternura era música, música, mis sentimientos y, como siempre, tu recuerdo lo impregnaba todo.

Pasaban los años. Llegaba mayo casi a continuación de octubre. El inicio y el final de los cursos se sucedían sin apenas intervalo. Sin que me diera cuenta, se me echaban encima los exámenes. Y estaba en blanco, pez, no sabía ni una palabra. No había asistido a la clase en todo el invierno. Por las mañanas, hacia las doce, bajaba a pasear por el jardín de la Facultad o a sentarme en los bancos del patio. Generalmente, me reunía con un grupo de mallorquines que montaban merendolas bucólicas los domingos por la tarde, a base de pan con sobrasada, butifarrones y alguna que otra ensaimada... El suyo era un mundo bastante mostrenco y me aburría. Pero me consolaba el hecho de que, a menudo, alguien mencionase tu nombre, te conocían casi todos.

Cinco años, clases muy poco interesantes, ni siquiera pasivas, más bien neutras. Conferencias en la Universidad, en el Ateneo, en los colegios mayores... Colosquios sobre sexo, anticonceptivos, partidos políticos, «el referéndum». (Un prestigioso catedrático analiza —fautu, arrogante, vanidoso, se hace los trajes en Londres— la situación universitaria; su mujer toma apuntes en primera fila, lle cuesta tanto trabajo seguir a su marido! Un investigador —ni exportado ni exportable— rebate, con argumentos que no tienen vuelta de hoja, la teoría de la relatividad. Un matrimonio manifiesta, en una mesa redonda, el testimonio vivo de su amor... Cinco niños, torpes y mal educados, se agitan entre el público armando gresca. Ejemplos como éstos, mil.)

Exposiciones. Festivales de la *Nova Cançó* (Raimón, con la camisa arremangada, una mañana gloriosa en

el Instituto Químico de Sarríá —el Sarríá de Foix y de Gerrudís—. Actuaciones de los *Seize Juges*, con Guillerminas católicas, todavía, y sentimentales; Serrats infantiles y creyentes...). Lecturas que otros recomendaban: Freud, Marx, Joyce, Faulkner; y después, Vargas Llosa, Cortázar, García Márquez, Donoso, Lezama... Películas acerca de las que no sabía tu opinión. Puestas de sol en Montjuïc, en Sitges, en Arenys de Mar, en Blanes... Excursiones al Montseny, a la Costa Brava. Obras de teatro experimental. Recitales de poesía. Reuniones organizadas por CC.OO. y por el PSUC. Besos de otros labios, caricias de otras manos... Y la vida avanzaba lentamente muy deprisa, los días eran como un estremecimiento prolongado. Intentaba podar tu recuerdo —quería brotes nuevos en una primavera nueva—, pero no lo conseguía. Y, de cualquier manera, me negaba a extirparlo de raíz.

En vacaciones no siempre coincidíamos. Viajaste mucho aquellos veranos. Asististe a diversos congresos internacionales de matemáticas en Moscú, en París, en Tokio, desde los que me mandabas postales: la Plaza Roja, la Torre Eiffel, el Palacio Imperial... El texto era tan breve que las letras bailaban en el espacio en blanco: «Recuerdos desde Moscú, París, Tokio...» En esta última ciudad conociste a un sabio judío, candidato al Nobel, pariente de Ben Gurion, riquísimo, al parecer, que te hizo proposiciones deshonestas... Incluso un buen día se presentó en Palma con la intención de llevarte consigo; quería que le ayudaras a investigar en su cátedra de los Estados Unidos. Te ofrecía todo el dinero que le pidieses, aparte de su desinteresada protección. En Palma no se hablaba de otra cosa, ya que el sabio confesó su propósito a los periodistas. La gente comentaba que harías un disparate desperdiciando una ocasión tan buena. Me pregunto por qué no te fuiste. Me lo pregunto, aunque creo que puedo adivinar los motivos sin temor a equivocarme.

Pocos meses después de haber acabado la licencia-

tura en Ciencias Exactas, fui a tu casa para convidarte a mi boda. Me casaba con un compañero de curso, catalán, con el que llevaba saliendo unos meses. Toni y yo te participamos nuestra boda haciéndote una visita de cumplido, a la antigua. Toni conocía nuestra historia de pe a pa, porque yo se la había contado sin omitir detalle. Le pareció que se trataba de una historia enfermiza y bella. Tú le caíste bien, te encontré inteligente, amable, a pesar de que, en tu aspecto, percibí algo raro, inquietante, oscuramente peligroso.

El día de la boda me dijiste que Toni gozaba de todas tus simpatías y que me deseabas toda la felicidad del mundo, toda la que tú hubieses querido darme. Lo dijiste con un temblor en los labios, como si un escalofrío te recorriera el cuerpo. Me abracé a ti para darte las gracias y te dije —¿me oíste?— que seguía queriéndote. Alguien vio cómo te tapabas la cara con las manos, alguien notó que llorabas cuando, por la noche, regresabas a tu casa desde el hotel donde habíamos cenado.

No sé si las circunstancias te harán conocer este escrito, ni si lo entenderás en el caso de que Toni te lo mande, tal y como yo se lo he pedido. Hace meses, cuando estuviste en Barcelona un par de días, te anuncié el nacimiento de un hijo. El plazo se acaba. El médico opina que probablemente dentro de diez días ya habrá venido al mundo. Tengo miedo, me da miedo. Me siento demasiado débil y las fuerzas me fallan. Creo que posiblemente no conoceré a la niña —porque será una niña, estoy segura— y no podré decidir su nombre, si no lo hago ahora. Quiero que le pongan el tuyo, María, y quiero también que echen mi cuerpo al mar, que no lo entierren. Te suplico que esparzas mis cenizas, en aquel remanso donde las aguas espianon nuestro amor, para que las acoja la inmensidad iluminada. Te añoro, añoro el mar, el nuestro, y te lo dejo, amor, en prenda.